

"He aquí que vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad" (Heb 10,9)**Tercera Plática: La vocación personal y la voluntad de Dios**

Dios te salve María...

San Ignacio de Loyola, ruega por nosotros.

Continuamos con este retiro espiritual. Vamos ahora a tocar algo puntual en esto de tratar de hacer la voluntad de Dios. En la primera plática hablábamos del ejemplo del Señor que hizo exactamente lo que su Padre quería durante toda su vida. En la segunda plática tratábamos de dilucidar, diciendo algunas cositas que pueden iluminar nuestra vida, cómo podemos descubrir la voluntad de Dios. Ahora quería aplicar ese "descubrir la voluntad de Dios" a un aspecto particular, que es el hecho de nuestra vocación.

Lo que voy a decir sobre la vocación, se aplica directamente a eso, a la vocación, pero puede servir para otras cosas, por tanto, si Ud. está bien casado o es sacerdote o religiosa, puede servirle desde algún punto de vista quizás, porque hay cosas que se aplican a otros aspectos de la vida, de nuestro camino hacia Dios, en las que hay que discernir cuál es Su voluntad.

La vocación es un llamado. Dios nos llama desde toda la eternidad a cumplir con una misión en esta vida y en esto también entra la humildad: yo no me creé a mí mismo, Dios me creó. Dios me mantiene en el ser, y a Él tengo que responder, de Él dependo. Y agreguemos: Dios quiere algo para mí y yo tengo que descubrirlo, porque Él es Dios, no soy yo. Yo soy una creatura, Su creatura.

Parece medio tonto lo que estoy diciendo, pero en este mundo de hoy en día, donde no se cree mucho en Dios, en este mundo de hoy en día donde esto se nos va pegando a nosotros, ¿cuántas veces nos ponemos frente a Dios y le decimos "no, yo quiero hacer otra cosa"? No. El que manda es Él. El que manda es Dios, y ¡menos mal que es así! Nos ayude Él y nuestra madre del Cielo para poder cumplir su voluntad siempre.

"Llamado": esta palabra viene del latín *voco, vocas, vocare*. La vocación es un llamado. Dios me llama desde toda la eternidad: me llama en primer lugar **al ser**, a la existencia; como dije, no me di el ser, me lo dio Dios, y me lo sigue dando a cada minuto, a cada instante.

En segundo lugar me llama el Señor **a la santidad**, como decía Juan Pablo II: «*Preguntarle a un catecúmeno ¿quieres recibir el Bautismo?*», *significa al mismo tiempo preguntarle, «¿quieres ser santo?»* (Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte, Año 2000, III, 31). Dios nos llama a todos a la santidad. No es un privilegio para algunos, es para todos. Tenemos que aceptar lo que implica, pero es para todos.

Y, por último, Dios nos llama a una **vocación determinada** que, en definitiva, no es otra cosa que cumplir la voluntad de Dios, llegar a ser santos, pero en este camino, ¿dónde quiere el Señor que yo sea santo?: esa es mi vocación.

"A mí me parece que Dios me pide que sea santo por este camino, por el matrimonio": hermosísima vocación la familia, el trabajo en el mundo, el hacer que Jesucristo reine en las cosas donde no puede llegar un sacerdote, una religiosa. Llegar a la santidad por ese sacramento está muy bien. Dios le puede pedir a otro que sea laico consagrado, Dios le puede pedir a otro que sea sacerdote, que sea religioso, religiosa...

Ahora bien, yo quisiera insistir un poco en la vocación a la vida religiosa y en la vida consagrada, no porque vaya a despreciar el matrimonio. Ésta es una vocación hermosísima que viene en la ley natural y que Dios, Nuestro Señor Jesucristo, la elevó sacramento. Pero voy a hacer hincapié en la vocación consagrada porque el matrimonio es una cosa que viene, como ínsito, en nuestra misma naturaleza. Estamos creados naturalmente para complementarnos los hombres con las mujeres, las mujeres con los hombres. Eso es el matrimonio: una complementación psicológica, sexual, espiritual, para caminar juntos en un proyecto de vida unidos: *"Ya no son dos, sino una sola carne"* (Mt 19,6), una sola cosa, una sola persona y llegar así juntos al Cielo. Eso ya viene, por así decirlo, de fábrica.

El pecado original se encarga de hacer difícil el tema y hace que haya que luchar justamente para que el matrimonio sea uno con una y para siempre, y que vengan hijos siendo generosos con Dios en eso. Pero la otra vocación, la vocación a la vida religiosa y consagrada, el sacerdocio, es algo sobrenatural. Entonces de algún modo hay que predicarlo un poco más, porque no viene en la naturaleza, es algo que viene en la *sobrenaturaleza*, viene por la vida de la gracia. Voy a hacer un poco más de hincapié en eso, pero se aplica en definitiva también mucho de lo que digo a ambas cosas.

Como dijimos, la vocación es un llamado de Dios. Una vez que aceptamos que Dios tiene un plan para mí, debemos tratar de descubrirlo. No conozco (puede haber), algo que ayude más a descubrir la vocación de una persona que los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Yo soy deudor de los Ejercicios y si les tengo tanta devoción, es porque en unos Ejercicios Espirituales descubrí que Dios me llamaba en este camino hermosísimo, en el cual gracias a Dios he podido perseverar, y espero poder perseverar hasta el último día de

mi vida, con su gracia, con su fuerza y con la oración de tanta gente que nos ayuda a caminar hacia Él.

Los Ejercicios son una gran ayuda. Muchísima gente ha descubierto la voluntad de Dios en ellos. Pero si yo hago Ejercicios y ya sé cuál es la voluntad de Dios, también el Ejercicio Espiritual me ayuda puntualmente a poder descubrir, dentro de la vocación a la cual Dios me llamó y yo acepté, qué cosas quiere Dios que haga puntualmente. Para mejorar, Dios me pide esto, me pide lo otro, me pide que deje esto...

Dentro de los Ejercicios están las "Reglas de Discernimiento de Espíritus" que no puedo explicar aquí porque harían falta varias charlas más, simplemente sepan que San Ignacio explica en los Ejercicios reglas concretas. Tampoco son tantas ni difíciles de entender para saber si lo que se me ocurre, lo que me viene a la mente, lo que pasa por mi corazón viene de Dios, viene del demonio o viene de mí mismo. Esto es imprescindible porque si no, uno vive así como quien dice "*se me ocurre esto, se me ocurre lo otro, me gusta esto, me gusta lo otro...*", y ¿Dios quiere esto que yo estoy haciendo o no...?. Las reglas de discernimiento ayudan mucho en este sentido.

Dentro de esas reglas de discernimiento, pero aplicadas al tema de elección, San Ignacio propone tres maneras que pueden usarse para la vocación en cuanto tal, o para cualquier otra decisión que tenga importancia en nuestra vida.

La **primera** manera que propone San Ignacio es la que se llama "gracia de primer tiempo": es cuando la persona no puede dudar en absoluto de que Dios ha determinado "esto" para ella. Por ejemplo Mateo, los apóstoles, ¿cómo van a dudar de que Jesucristo los estaba llamando si estaba ahí en persona? Los estaba llamando: *Sígueme* (Mt 8, 22). En la vida de muchos de los santos ha pasado así: una claridad total. Cómo va a dudar San Pablo

de que Cristo lo estaba llamando al apostolado si lo tira del caballo... Como dice Royo Marín en su libro *Teología de la Perfección Cristiana*, es trata de una "gracia tumbativa". No siempre se da en nuestra vida. Pero hay cosas que tenemos claras en nuestro peregrinar, que responden a esto en el sentido en que yo tengo claro que tengo que hacer esto... nunca me imaginé que era una gracia de Dios –creía que era algo mío–, pero es una gracia de primer tiempo, es una gracia actual, Dios está ahí.

Nuestro Señor dice: *Sin Mí, nada podéis hacer* (Jn 15, 5). ¡Nada! Entonces si a mí me viene un buen pensamiento, un deseo de santidad y más aún la fuerza de poder hacerlo, eso es de Dios. Y si no tengo dudas que Dios quiere eso, con más razón entonces está Dios ahí. Esa es la primera manera, el primer modo para descubrir la voluntad de Dios. No es tan difícil descubrirlo, sino que a veces lo difícil es aceptarlo.

Una congregación puede nacer así. El fundador de la congregación del Instituto del Verbo Encarnado a la cual pertenezco, explica de esa manera sencilla cómo Dios le inspiró que fundara este Instituto. Fue una idea clara que vino a su inteligencia de que había que fundar un Instituto con ciertas características. Después aplicó las reglas de discernimiento de San Ignacio y se dio cuenta que Dios realmente quería eso. Gracias a eso hay una pequeña familia religiosa nueva en la Iglesia desde hace 30 años.

El **segundo** modo que San Ignacio propone para hacer elección, para ver la vocación, es comparando consolaciones y desolaciones: también aquí me quedo un poco corto porque hay algunos conceptos que conviene verlos en los Ejercicios, pero creo que se puede entender. Por ejemplo, se me ocurre que puedo hacer tal obra de caridad con tal persona, o ir a visitar a un enfermo, a ayudarlo, a cuidarlo, etc. Al pensar en esas cosas puede venirme paz, alegría, tranquilidad: eso es consolación. En otro momento se me presentan

esas mismas ideas pero me parece que no, que no quiero, que prefiero quedarme en mi casa tranquilo, me quedo como desolado. Esto último entonces es una desolación.

En uno, en la consolación, Dios está llamándome a ser santo, Dios me está llamando a hacer una obra de caridad, etc.; y en la desolación, es el demonio que me está tentando o soy yo mismo, que mi naturaleza humana se resiste a hacer una obra de bien.

Si lo aplicamos a la vida religiosa o a la vocación, es como lo que le pasó a San Ignacio. Él, cuando estaba convaleciente en Loyola, pensaba que iba a dejar todo, a seguir a Cristo pobre, casto y obediente, que iba a viajar a Jerusalén para vivir la misma vida del Señor en el mismo lugar, y esto le daba consolación, alegría, paz, sosiego. Y después en otro momento, le venía una idea de volver a ser caballero, de luchar por una mujer (no se sabe si era una reina, pero una mujer importante). En ese momento quedaba fervoroso por un instante, pero después de eso en realidad quedaba como frío, tibio, triste. Al comparar un poco una cosa con la otra, se dio cuenta que Dios lo llamaba a la vocación consagrada, a seguirlo en pobreza, castidad y obediencia, a seguir después aquella imitación de Cristo tan perfecta que propone en la congregación que fundó, la Compañía de Jesús (los jesuitas).

La **última manera** que propone San Ignacio se aplica cuando uno no llega por ninguna de estas dos formas, ni pensando en la consolación y desolación, ni en la gracia de primer tiempo (en la que tengo claridad de que Dios quiere esto determinado para mi vida). Este tercer modo de descubrir la voluntad de Dios es haciendo lo que él llama por un lado “pro y contra” y teniendo algunas consideraciones más que ahora aclaramos. En definitiva dice que si por la primera o la segunda forma no llegamos a conocer la voluntad de Dios, que son como más divinas porque está Dios más presente (para decirlo de algún modo),

vamos a esta tercera manera que se hace cuando uno está en "tiempo tranquilo", cuando no se está ni muy consolado ni muy desolado.

San Ignacio propone varias formas. La primera es el llamado "pro y contra". No hay tiempo ahora para explicar esto de modo muy extenso, hay explicaciones más largas sobre el tema en la página web de los Ejercicios Espirituales (<http://ejerciciosive.org>), pero sí puede darnos una idea, y es tratar de lograr primero la indiferencia. Esta indiferencia consiste en estar libres de lo que decíamos en la otra plática, de los afectos desordenados, de las cosas que nos unen a las creaturas y nos apartan de Dios y, con esa libertad, tratar de preguntarle a Dios qué quiere de nosotros.

Es plantearse (escribiendo en una hoja): *A ver, en esta vocación que Dios me pide, ¿cuáles "pro", qué conveniencias de acuerdo a la santidad, encuentro? -de acuerdo a la santidad, de acuerdo al Cielo, no qué conveniencias para mí, egoístas- Y ver también qué "contras" encuentro: ¿por otro lado, en esta otra vocación, qué inconveniencias encuentro para llegar al Cielo, para ser santo? Y después, guiándome por el deseo de santidad, no por algo sensitivo, sensual, o algo del sentimiento, por lo que me gusta o no, trato de pedirle a Dios que mueva mi voluntad y hacer lo que está allí, lo que veo más clarito que Dios me pide.*

Lo primero que hace falta es una gran disposición interior que es difícil de alcanzar, que es la indiferencia. Pero también cuando nosotros escribimos ahí en una hoja, usamos la inteligencia, estamos usando la potencia por la cual Dios nos quiere mover. Dios, en nuestra vida, no va a obligarnos. Nos va moviendo interiormente por medio de la inteligencia y por medio de la voluntad. Entonces, cuando yo me pongo a discernir con sed

de santidad, voy descubriendo el plan de Dios para mi vida con mi inteligencia y queriéndolo con mi voluntad.

También pone ejemplo San Ignacio en este tercer tiempo, de considerar una persona que está afuera, que conozco su edad, su temperamento, su familia, todo. En definitiva soy yo, pero me considero como si fuera un amigo, y ese consejo que le daría a él, lo tomo para mí. ¿Por qué? Porque cuando uno da un consejo, generalmente da un buen consejo. Todos nosotros somos muy buenos para dar consejos, porque mirar las cosas de afuera es muy fácil: *"mira, esta cosa te conviene, esta otra no"*. El problema es cuando tengo que tomarlo para mí, porque por dentro se me revuelven los sentimientos, los afectos, los deseos y me cuesta ver claro. Pero desde afuera no es tan difícil ver claro lo que una persona tiene que hacer.

Por último dice, pensarse uno mismo en el día del juicio o de la muerte: cuando yo me esté muriendo ¿qué me hubiera gustado decidir en este momento? ¿Cómo me gustaría que me encuentre la muerte: habiendo tomado este camino, el de la vocación sacerdotal/religiosa o este camino del matrimonio u otra vocación, vida consagrada, etc.? ¿Cuál de los dos? Como me gustaría que me encuentre en el momento de la muerte o del juicio, tomarlo ahora, porque en definitiva, cuando uno está en ese trance o cuando uno está en el día del juicio, en la tierra ya no hay nada más que me "tire", nada que me haga fuerza ni para un lado ni para otro. Ni el dinero, ni los sentimientos, ni los amores, ni la vanidad, ni la gloria, ¡nada!

Porque ya no habrá nada más que la eternidad, no habrá nada más que Dios. Entonces voy a elegir aquello que más me conviene para ser santo, porque nada puede manipularme, ningún deseo puede tirarme mucho para un lado o para el otro. Dije ningún

deseo: el deseo es muchas veces lo que nos dificulta cumplir la voluntad de Dios. El deseo es muchas veces lo que nos dificulta vivir la caridad, porque deseamos cosas que Dios no desea. Por eso decía San Agustín que el veneno de la caridad es el deseo, y la perfección de la caridad es la ausencia absoluta de deseos (Citado en SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, Q 184, a2, c)

Y San Francisco de Sales decía "*yo deseo pocas cosas, y las que deseo, las deseo poco. Y si volviera a vivir, me gustaría no desear nada*" (*En las fuentes de la alegría*, cap. 6). ¿Acaso los santos no tenían deseos? Sí, los tenían y mucho más vivos que los nuestros, pero eran deseos de Dios, de santidad, de hacer su voluntad.

No se están refiriendo a eso, sino de los deseos de las cosas de la tierra, de las cosas humanas, de las cosas que yo no sé si Dios quiere para mí o no. Pero lo que yo sí sé que Dios quiere para mí, pues entonces ahí sí, *de cabeza*, como dicen, a hacer su voluntad.

La vocación es algo hermosísimo. Es el camino por el cual Dios quiere llevarnos al Cielo, quiere hacernos felices en nuestra vida y quiere también que nosotros podamos ayudar a otros. La santidad es aquello que Dios quiere para todos y es por medio de una vocación determinada.

Termino con la fábula de los tres árboles. Quizás ya la conozcan pero creo que igual vale la pena contarla porque es hermosísima.

Érase una vez, en la cumbre de una montaña, tres pequeños árboles amigos que soñaban en grande sobre lo que el futuro deparaba para ellos.

El primer arbolito miró hacia las estrellas y dijo: "Yo quiero guardar tesoros. Quiero estar repleto de oro y ser llenado de piedras preciosas. Yo seré el baúl de tesoros más hermoso del mundo". El segundo arbolito observó un pequeño arroyo en su camino hacia el mar y dijo: "Yo quiero viajar a través de mares inmensos y llevar a reyes poderosos sobre mí. Yo seré el barco más importante del mundo". El tercer arbolito miró hacia el valle y vio a hombres agobiados de tantos infortunios, fruto de sus pecados y dijo: "Yo no quiero jamás dejar la cima de la montaña. Quiero crecer tan alto que cuando la gente del pueblo se detenga a mirarme, levantarán su mirada al cielo y pensarán en Dios. Yo seré el árbol más alto del mundo".

Los años pasaron. Llovió, brilló el sol y los pequeños árboles se convirtieron en majestuosos cedros. Un día, tres leñadores subieron a la cumbre de la montaña. El primer leñador miró al primer árbol y dijo: "¡Qué árbol tan hermoso!", y con la arremetida de su brillante hacha el primer árbol cayó. "Ahora me deberán convertir en un baúl hermoso, voy a contener tesoros maravillosos", dijo el primer árbol.

Otro leñador miró al segundo árbol y dijo: "¡Este árbol es muy fuerte, es perfecto para mí!". Y con la arremetida de su brillante hacha, el segundo árbol cayó. "Ahora deberé navegar mares inmensos", pensó el segundo árbol, "deberé ser el barco más importante para los reyes más poderosos de la tierra".

El tercer árbol sintió su corazón hundirse de pena cuando el último leñador se fijó en él. El árbol se paró derecho y alto, apuntando al cielo. Pero el leñador ni siquiera miró hacia arriba, y dijo: "¡Cualquier árbol me servirá para lo que busco!". Y con la arremetida de su brillante hacha, el tercer árbol cayó.

El primer árbol se emocionó cuando el leñador lo llevó al taller, pero pronto vino la tristeza. El carpintero lo convirtió en un mero pesebre para alimentar las bestias. Aquel árbol hermoso no fue cubierto con oro, ni contuvo piedras preciosas. Fue solo usado para poner el pasto.

El segundo árbol sonrió cuando el leñador lo llevó cerca de un embarcadero. Pero no estaba junto al mar sino a un lago. No había por allí reyes sino pobres pescadores. En lugar de convertirse en el gran barco de sus sueños, hicieron de él una simple barcaza de pesca, demasiado chica y débil para navegar en el océano. Allí quedó en el lago con los pobres pescadores que nada de importancia tienen para la historia.

Pasó el tiempo. Una noche, brilló sobre el primer árbol la luz de una estrella dorada. Una joven puso a su hijo recién nacido en aquel humilde pesebre. "Yo quisiera haberle construido una hermosa cuna", le dijo su esposo... La madre le apretó la mano y sonrió mientras la luz de la estrella alumbraba al Niño que apaciblemente dormía sobre la paja y la tosca madera del pesebre. "El pesebre es hermoso" dijo ella y, de repente, el primer árbol comprendió que contenía el tesoro más grande del universo.

Pasaron los años y una tarde, un gentil maestro de un pueblo vecino subió con unos pocos seguidores a bordo de la vieja barca de pesca. El Maestro, agotado, se quedó dormido mientras el segundo árbol navegaba tranquilamente sobre el lago. De repente, una impresionante y aterradora tormenta se abatió sobre ellos. El segundo árbol se llenó de temor pues las olas eran demasiado fuertes para la pobre barca en que se había convertido. A pesar de sus mejores esfuerzos, le

faltaban las fuerzas para llevar a sus tripulantes seguros a la orilla. ¡Naufragaba!, ¡qué gran pena, pues no servía ni para un lago! Se sentía un verdadero fracaso. Así pensaba cuando el Maestro, sereno, se levanta y, alzando su mano dio una orden: "calma". Al instante, la tormenta le obedece y da lugar a un remanso de paz. De repente el segundo árbol, convertido en la barca de Pedro, supo que llevaba a bordo al rey del cielo, tierra y mares.

El tercer árbol fue convertido en sendos leños y por muchos años fueron olvidados como escombros en un oscuro almacén militar. ¡Qué triste yacía en aquella penuria inútil, qué lejos le parecía su sueño de juventud! De repente un viernes en la mañana, unos hombres violentos tomaron bruscamente esos maderos. El tercer árbol se horrorizó al ser forzado sobre las espaldas de un inocente que había sido golpeado sin misericordia.

Aquel pobre reo lo cargó, doloroso, por las calles ante la mirada de todos. Al fin llegaron a una loma fuera de la ciudad y allí le clavaron manos y pies. Quedó colgado sobre los maderos del tercer árbol y, sin quejarse, solo rezaba a su Padre mientras su sangre se derramaba sobre los maderos. El tercer árbol se sintió avergonzado, pues no solo se sentía un fracasado, se sentía además cómplice de aquél crimen ignominioso. Se sentía tan vil como aquellos blasfemos ante la víctima levantada. Pero el domingo en la mañana, cuando al brillar el sol, la tierra se estremeció bajo sus maderas, el tercer árbol comprendió que algo muy grande había ocurrido. De repente todo había cambiado.

Sus leños bañados en sangre ahora refulgían como el sol. ¡Se llenó de felicidad y supo que era el árbol más valioso que había existido o existirá jamás pues aquel

Hombre era el Rey de reyes y se valió de él para salvar al mundo! La cruz era trono de gloria para el Rey victorioso. Cada vez que la gente piense en él recordarán que la vida tiene sentido, que son amados, que el amor triunfa sobre el mal. Por todo el mundo y por todos los tiempos millares de árboles lo imitarán, convirtiéndose en cruces que colgarán en el lugar más digno de iglesias y hogares. Así todos pensarán en el amor de Dios y, de una manera misteriosa, llegó a hacerse su sueño realidad. El tercer árbol se convirtió en el más alto del mundo, y al mirarlo todos pensarán en Dios. (Traducción del inglés por el padre Jorge Rivero a partir de un cuento de autor anónimo).

Así pasa con nuestra vocación, con aquello que Dios quiere para nosotros. Quizás no va con nuestros planes, quizás tenemos otros planes distintos que nos parecen mejores... Como dice el P. Loring en una predicación, nosotros *con esta cabecita de pulga* nos creemos que... pero no, Dios tiene planes mejores para nosotros, y esa es su voluntad y esa es la vocación. Eso es lo concreto que Dios quiere para nosotros todos los días.

Por eso le pedimos a la Santísima Virgen, nuestra Madre, que nos dé la luz y la gracia y que nos alcance de su Hijo hacer su voluntad, para como ella decir *fiat*, decir *hágase* a la voluntad de Dios. A ella también le costó muchísimo decir que sí a Dios. Ella sabe lo que implica una vocación porque dijo que sí en la Encarnación pero también dijo que sí en la agonía de su Hijo en el Huerto y al pie de la Cruz.

María que es Madre y Reina de las vocaciones, nos alcance a todos la gracia de animarnos a ver lo que Dios quiere de nosotros y a cumplirlo con su ayuda.

Ave María Purísima, sin pecado concebida.